

otro marco que contiene un boceto de un sol amaneciendo, acompañado por una cita que enfatiza que, si en la vida el ser nace con la debilidad de caer, también nace con el poder de levantarse.

A la par de la ventana veo ahí a mi hijo en posición fetal, sumergido bajo la cálida nieve blanca que lo arropa y mantiene protegido del frío del mundo exterior. Sobre sus muros veo pegadas notas rosadas llenas de consejos sobre la vida junto con cartas de agradecimiento y afirmaciones positivas.

Ring, ring, ring, ring.

Suena la alarma otra vez.

Tras despertarse

abruptamente, conforme su visión va aclarándose, siente una gran haraganería que consume su cuerpo; tanto, que se quedó ahí tirado, quieto, callado, mirando hacia el vacío de su techo beige. Todo en su entorno está silencioso, menos el ruido del aire acondicionado y de las puertas del pasillo que se van abriendo y cerrando; pero en el abismo de su ser todo se encuentra estridente. Atado a ese bucle tan eterno, busca una bula física para calmar las de su espíritu e investiga un nuevo recreo sin sentido en su aparato de entretenimiento e intenta reposarse de nuevo, aunque sabe que no tiene sueño. Solo quiere alejarse y distraerse de sí mismo.

El reloj aún se sigue burlando de él. Despierta y encuentra que la novena hora de la mañana ha pasado sin su consentimiento. Decide levantarse, pero algo lo jala de regreso a su cobertura de nieve cálida y se siente envuelto en no solo ese calor sino en el de las voces quienes lo aconsejan quedarse en cama para evitar cualquier pena que el día le traerá. Él sabe que eso no sería útil y nada más le empeoraría su estado; aun así, decide escapar si quiera por otros cuantos minutos. Pero sus piernas aún quieren salir y correr, lejos de sus problemas y del dolor del mundo.

De nuevo piensa en él, en las tareas que tiene que completar, en su familia, en el futuro, el pasado, a quienes ha lastimado, como él sigue lastimándose. Puras penas, dudas, ansias, temores... puro pensar y pensar y pensar y pensar... ¡tanta angustia! ¡jamás podrá escaparlos si sigue así!

¡Ay, pero qué pobre mi hijo! Ni por más que suspire mi santo nombre, él tiene la capacidad de sacarse de este hoyo que lo tiene atorado, ya que de ciertas maneras por fin está viviendo, aunque no lo sepa. Pero está bien, es un efecto de la juventud que poco a poco irá internalizando, aunque no sea hoy, poco a poco lo hará, y así renacerá de su capullo de oscuridad, convertido en algo bello.

De eso estoy seguro.

Mientras tanto, los minutos lo siguen burlando, riéndose de su desesperanza.

Theo Velásquez Arreaga wrote this article for his SPAN 407 class during the spring of 2025

Hecha de canto,

by Bernice Baez-Pagan

Yo soy una guitarra,
no en forma,
sino en ser.

Tengo un alma que vibra
cuando la saben leer.
Mis costillas son de madera,
mi pelo las cuerdas
mi pecho resuena.

Fui cuerda antes que carne,
eco antes que voz,
y en mi casa
la música era el ser y el alma.
Sonaba suave, sin ser sombra.
Yo soy canción,
no tengo elección.

No me digas que me calle,
sí nací siendo instrumento.

Yo soy un violín cuando lloro,
una flauta cuando río,
un piano en la tormenta,
un tambor cuando desafío.
Yo soy un chelo cuando abrazo,
un cuatro cuando espero,
una trompeta cuando ardo,
una campana si me muero.

Fui cuerda antes que carne,
eco antes que voz,
y en mi casa
la música era alma y ser.
Sonaba suave, sincera, sin ser sombra.
Yo soy canción,
no tengo elección.
No me digas que me calle,
sí nací siendo instrumento.

Soy música viva,
ritmo sin permiso.
No tengo libreto,
tengo instinto y compromiso.
Mi cuerpo es el teatro,
mi voz es percusión.
Y cada verso que sale
es latido de mi interior.

Soy cuerda que vibra,
soy aire que se afina,
soy verso que vive,
aunque todo termine.
Y mientras tenga alma
seguiré sonando.
Porque yo no fui hecha de silencio
yo fui hecha de canto.

Bernice Baez-Pagan wrote this poem for her SPAN 407 class during the spring of 2025